Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 5 Article 4

1977

Búsqueda de lo absoluto en la poesía de Luis Cernuda

J. Luis Couso Cadahya

Citas recomendadas

Cadahya, J. Luis Couso (Primavera-Otoño 1977) "Búsqueda de lo absoluto en la poesía de Luis Cernuda," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 5, Article 4.
Available at: http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss5/4

This Crítica is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized administrator of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact mcaprio1@providence.edu.

BÚSQUEDA DE LO ABSOLUTO EN LA POESÍA DE LUIS CERNUDA

J. Luis Couso Cadahya

Para Cernuda, el hombre, "Hijo desnudo y deslumbrante del divino pensamiento" (RD, 141)* va por la vida como una sombra errante que habla en el silencio o como un ángel arrojado del paraíso, añorando aquella "inocencia primera" que, luego, quedó "abolida en deseo" (RD, 95). La inocencia primera fue para él la infancia: edad mítica, idealizada en el recuerdo por la nostalgia de un mundo perdido—sin esperanza posible de retorno—en el que el ser humano vivía en perfecta armonía con el cosmos. Sin la presencia del tiempo, todo contribuía a mantener viva "la ilusión y la creencia en lo permanente".[1] Anonadado en la vivencia de lo inmutable, los cambios que percibía en los seres y en las cosas no eran efecto de la huella del tiempo, ni de la querencia de muerte, sino variaciones del eterno renacer de la vida, y . . . "tras la diversidad se traslucía la unidad"[2] de todo lo creado. Pero, perdida la inocencia, el hombre se da cuenta de que está solo y desnudo frente al tiempo y de que su existencia es la materia de que se nutre aquél, en un fluir continuo hacia la nada. Por eso su poesía es el testimonio de la angustia humana y de la búsqueda desesperada por anclarse en lo absoluto y eterno, presentidos y anhelados por el deseo. Y es también ansia de rescatar el amor y la hermosura, que percibe entre la fugacidad y debajo de la apariencia, fijándolos en poesía antes de que el tiempo los destruya.

Debido a la obsesión del tiempo, el vivir del hombre es un constante desvivirse. Con amargura y desilusión ve cómo, poco a poco, se van desmoronando sus "pobres paraísos": cómo aquello que un día fue suyo se convierte en algo extraño al contemplarlo en el pasado. Y en "ese blanco desierto ilimitado" (RD, 149), que es el tiempo, únicamente se oye la voz de las ruinas hablando de la contingencia y fugacidad de todo lo hermoso y lo amado.

> Todo desaparecía, poniendo en mi soledad el sentimiento amargo de lo efímero. Yo sólo parecía duradero entre la fuga de las cosas. Y entonces, fija y cruel, surgió en mí la idea de mi propia desaparición, de como también yo partiría un día de mí.
>
> ¡Dios! exclamó entonces: dame la eternidad.[3]

Ante esa tremenda realidad que, además de destruirlo todo, también lo

cansa todo, incluso la dicha, solamente se yergue, insumiso o indestructible, el deseo. Con la idea del tiempo va inseparable la presencia de la muerte que Cernuda define como "la sombra del tiempo" (RD, 57). El hombre será, entonces, "un líquido lamento fluyendo entre sombras iguales" (RD, 77) y su vida un "estar a solas con la muerte" (RD, 61) o un estar solo frente al tiempo con la vida sin vivir. Muerte y tiempo son dos formas del mismo poder destructor a que vive sometida la naturaleza. Pero la muerte en la poesía cernudiana no es exclusivamente término y fin, sino principio y plenitud; gloria deseada porque a través de ella logrará la fusión con la tierra y la posesión de lo absoluto. Entonces la sed de eternidad, que hace al poeta, se habrá saciado.

El fluir del tiempo y la fugacidad de las cosas también encuentra en su poesía un aspecto fascinante y fecundo; es fuerza germinal que engendra una nueva forma de vida: la del recuerdo. Recuerdo, que no significa impotencia del deseo, sino nostálgica y vital contemplación de un mundo reducido a su pura esencia y del cual también se nutre su poesía junto con el sueño y la experiencia. Pero la juventud, la rosa, el amor, antes de esencializarse en el recuerdo, han tenido un momento de plenitud, un destello de divina hermosura. Su brevedad les imprime el encanto de un sueño. El deseo intenta inmovilizarlo en el poema antes de que pase para que quede en él como símbolo del poder del poeta sobre el tiempo. Son constantes las alusiones de Cernuda a la hermosura fascinante del instante fugaz que, como el destello de un faro, ilumina la noche del tiempo y lo atrae con esa fuerza misteriosa e irresistible con que la luz atrae a la mariposa, quizás para dejar sus alas quemadas en la llama.

> Lo hermoso es lo que pasa
>
> (RD, 181)

> Todo lo hermoso tiene su instante y pasa
> Importa como eterno gozar de nuestro instante.
>
> (RD, 188)

> Si el beso y si la rosa codicio, indiferente hacia
> los dioses todos,
> Es porque beso y rosa pasan. Son más dulces los
> efímeros gozos.
>
> (RD, 170)

Más no siempre el poeta es capaz de rescatar ese instante del tiempo y llenarlo de eternidad. Es entonces que llora "la pérdida y destrucción de la hermosura....Pero ese llanto no excluye que de la contemplación de la hermosura, aunque efímera, nazca en el poeta una alegría terrible:[4] es la alegría trágica de la impotencia y de la derrota, que no aniquila, sino que se

convierte en un punto de partida en la búsqueda de la hermosura y el amor esenciales, en las que sólo el deseo encuentra la verdad y la vida, y con ellas el reposo y la plenitud definitivas. Frente a esta realidad invisible y sublime, la realidad física es una fantasmagoría, un espejismo, una ironía. Nace, entonces, en el alma del poeta una trágica dualidad entre la realidad y el deseo. Y dentro del deseo una corriente simultánea y opuesta:

> . . . hacia la realidad y contra la realidad, de atracción y de hostilidad hacia lo real. El deseo me llevaba hacia la realidad que se ofrecía ante mis ojos como si solo con su posesión pudiera alcanzar certeza de mi propia vida. Más como esa posesión jamás la he alcanzado sino de modo precario, de ahí la corriente contraria, de hostilidad ante el irónico atractivo de la realidad.[5]

En su obra tratará de resolver el conflicto realidad-deseo y gran parte de ella es testimonio de esa lucha por lograr lo que llama "el acorde" con la Naturaleza, mediante la fusión y posesión. En ese contacto vital, el poeta, intenta lograr certeza de que no es un fantasma o una sombra; conclusión a que llegó en el delirio de su frustración humana:

> Yo no existo ni aún ahora, que como una sombra me arrastro entre el delirio de sombras, respirando estas palabras desalentadas, testimonio (¿de quién y para quién?) absurdo de mi existencia.[6]

El medio para alcanzar esa posesión espiritual es la posesión erótica con el cuerpo deseado cuya hermosura física es imagen y concreción temporal de la hermosura eterna. La posesión erótica es infinita en su intensidad, pero efímera y frustradora en su duración. Es inútil todo intento de fijarla fuera de la realidad del poema. Como la medida del deseo es desear sin medida, de cada experiencia humana el poeta sale más desencantado, hasta llegar a la conclusión pesimista y desolada de que

> ... el deseo es una pregunta
> Cuya respuesta no existe,
> Una hoja cuya rama no existe
> Un mundo cuyo cielo no existe.
>
> (RD, 69)

Esta sensación de vacío es la causa de su sentimiento de soledad. En esta soledad, toda silencio, el poeta medita y ve que si la esencia del deseo es anhelar infinitamente alguien tuvo que infundir en él su ansiedad sin orillas, y algo o alguien tiene que existir capaz de satisfacerla. Empieza a vislumbrar, claramente y con toda intensidad, algo que siempre había presentido: la existencia de una realidad subyacente y divina oculta "en el fondo de la apariencia."[7] Es la misma realidad metafísica que indagaron y enseñaron a

buscar a Cernuda los poetas metafísicos ingleses. Para Coleman la búsqueda cernudiana de la "verdad oculta" consiste en el intento de hallar "la lección que contiene cada objeto en la naturaleza."[8] Es algo más que una lección lo que él desea aprender; es una esencialidad lo que él quiere aprehender para llegar a la "idea divina del mundo:"[9] de ese mundo gobernado por un poder daimónico captado únicamente por el instinto y que no sabe en qué consiste. Y es que "el poeta hace muchas cosas por instinto y no puede ofrecer de ellas mejor explicación que cualquier otro."[10] De este mundo dice Cernuda:

> Soy eco de algo;
> Lo estrechan mis manos siendo aire,
> Lo miran mis ojos siendo sombra
> Lo besan mis labios siendo sueño
>
> (RD, 89)

Es el reino de la belleza y del amor. Ambos son, al mismo tiempo, meta y camino. Meta a la cual le conducían, como a los místicos, la belleza y el amor de las criaturas; pero también camino hacia la verdad y la vida que sólo encontrará en Aquel que un día, perdido en la inconsciencia, lo tomó de la mano y lo arrojó al tiempo y al mundo insaciable del deseo: Dios. La obra y existencia de Luis Cernuda como las de Unamuno y Machado son una búsqueda desesperada de Dios.

El amor.

El amor es para Cernuda como una especie de tregua en la vida, como una pausa en medio de la fugacidad de las cosas; "la sola fuerza humana" (RD, 269) que puede rescatar al hombre de la influencia del tiempo durante un instante desmesurado:

> ... el tiempo del amor nos vale
> Todo una eternidad.
>
> (RD, 315)

no tanto en su duración cuanto en su plenitud, ya que la dicha no se mide por el tiempo sino por la intensidad. El amor es además la única luz del mundo capaz de disipar las tinieblas que constantemente se ciernen sobre la existencia humana y la que logra "acallar el miedo ante la sombra" (RD, 125), abriendo horizontes de esperanza más allá de la vida. Todo el afán del deseo se cifra en querer eternizar el momento de plenitud amorosa; pero todo "huye cuando el amor quiere fijarlo" (RD, 180). Con la huida, y la frustración que engendran, queda el hombre sumido en la más desolada soledad. En la relación amor-consumado y soledad se basa Octavio Paz para afirmar lo siguiente: "el placer ocupará siempre un lugar central en su obra, al lado de su contrario-complementario: la soledad."[11]

Los cuerpos hermosos y seductores de todos esos adolescentes que

aparecen constantemente en su obra—de "piel oscura", con ojos "como la noche profundos y estrellados" (RD, 271) que le infunden, al verlos, "nocturno escalofrío"—son emanación de la tierra, encarnación del amor y la hermosura, y espejo de la eternidad. Entre contemplador y contemplado, entre amante y amado se establece una corriente sobrenatural, pues si uno de ellos irradia la fuerza seductora que excita el deseo, el otro projecta sobre él el poder divinizador de ese mismo deseo, convirtiéndolo en un ser ideal porque

> . . . cuando uno despierta en otro la llama amorosa, no se le ve tal como es, sino levantado en la luz, bajo especie de eternidad, no como criatura efímera; convirtiéndose así, sólo para quien lo ama, en héroe, rodeado de ese halo luminoso de interés incomparable que sólo ven los ojos enamorados, porque ellos necesitan, como las criaturas vivas, atravesar una dura superficie de indiferencia y soledad para herirnos en lo más hondo de nuestro ser, prendiendo allí la chispa divina del amor que nos une al fin con las criaturas, y a través de ellos con la creación todo.[12]

El encanto y seducción que los cuerpos jóvenes ejercen sobre él, sin negar la parte vital que tiene la pasión, es algo más profundo y trascendente: ve en ellos la voluntad de evasión y resistencia al tiempo. La juventud es la forma visible del deseo frente al cual el tiempo no tiene poder alguno. Son además manifestación de la juventud eterna, y, en cierto modo, reencarnación y encuentro con la suya perdida. A través de ellos puede llenar su soledad y el cuerpo realizarse puesto que

> ... no quiere deshacerse sin antes haberse consumado . . . El cuerpo no sabe sino que está aislado, terriblemente aislado, mientras que frente a él, unida, entera, la creación está llamándole . . . Para fundirse con el mundo no tiene el cuerpo los medios del espíritu, que puede poseerlo todo sin poseerlo o como si no lo poseyera. El cuerpo únicamente puede poseer las cosas, y eso sólo un momento, por el contacto de ellas. Así, al dejar éstas sus huellas sobre él, conoce el cuerpo las cosas.[13]

El poema "La ventana" es la expresión poética de la entrega y fusión del amante con el amado en "tregua eterna y breve, tal la rosa" (RD, 237) y a través de ella su espíritu logra rescatar, dentro de las posibilidades humanas, "la realidad profunda" y unirse con el mundo del cual se siente parte aislada. En esta aspiración a realizarse, el cuerpo también tiene sus razones: la exigencia de la naturaleza, la fuerza del instinto, ante las cuales la razón, si no consiente, al menos debe callar. Para Cernuda, "todo lo que vive, por el hecho de vivir, está dentro de lo natural, y en cuanto natural, es nor-

mal."[14] Es su homosexualismo el que aquí está hablando con voz disimulada. Lo defendió con la fuerza y sinceridad del que sabe que el defenderlo está salvando su verdad. Y lo hizo basándose en que el acto del amor no se dignifica o envilece según el sexo o condición del objeto amado, sino en virtud del impulso que lo engendra. Por eso el amor que la costumbre o la razón—entiéndase sociedad y religión—califica de natural o legítimo puede ser de la más perversa especie. En cuanto al aspecto racional o irracional, su filosofía se condensa en estas líneas:

> Si en la vida no hiciéramos más que cosas razonadas, mal andaríamos. La capacidad de afecto que en nosotros existe debe gastarse, sin indagar antes si estaría o no bien empleada.[15]

Si toda su poesía está inspirada por el amor, gran parte de ella está escrita con el cuerpo en contacto vital con los cuerpos de otros seres hechos a su imagen y semejanza, porque la hembra no aparece más que una sola vez en *La realidad y el deseo:* es en el poema "Las islas" (RD, 271) en el que poetiza una experiencia sexual con una mujer de la calle, según quedó ya señalado.

La afirmación de Octavio Paz de que la homosexualidad de Cernuda es "el punto de partida de su creación poética"[16] se basa en unas afirmaciones de éste que van más allá de la relación y dependencia entre sexo y poesía:

> Nada puedes percibir, querer, ni entender si no entra primero por el sexo, de ahí al corazón y luego a la mente. Por eso tu experiencia, tu acorde místico, comienza como una prefiguración sexual. Pero no es posible buscarlo ni provocarlo; se da cuando y como quiere. Borrando lo que llaman otredad, eres, gracias a él, uno con el mundo, eres el mundo.[17]

Ante la imposibilidad de poder alcanzar una identificación perfecta con el cosmos, el poeta compensa y sustituye, con la creación artística, la frustración de una realidad insatisfactoria. Por eso en su poesía se encuentran, a cada paso,

> . . . ecos gozosos de satisfacción de estos desviados amores, que, como buen catador, saboreaba en ardoroso empuje poético, metamorfoseando la realidad amorosa no satisfecha en lo humano, mediante otra satisfacción imponente, impulsiva, arrebatadora de su mundo espiritual poético, que le hacía enajenarse consigo mismo, para poder complir obedientemente su destino de gran poeta para el que Dios, sólo y exclusivamente, lo plantó en este mundo.[18]

Cernuda defiende la supremacía del amor sexual sobre cualquier otra forma o concepción del amor. El placer erótico es una urgencia de todo el

ser y la manifestación palpitante de la vida; más aún es la vida misma: "El resto es el amor evangélico" (RD, 76), o el amor romántico. Al defender lo que llamaríamos "amor libre", está defendiendo su verdad particular y el amor como expresión suprema del libre albedrío, en general. No importa el que esté o no esté equivocado en su concepción: lo que sí importa es la sinceridad del hombre consigo mismo y la convicción con que defiende, los fantasmas de su locura. Piénsese en Don Quijote. Lo que le repele y repugna, intrínsecamente, es la máscara, la insinceridad, la mentira, la falsedad que al hombre le imponen la costumbre—irónicamente llamada segunda naturaleza—o las leyes de la religión o la sociedad, impuestas al hombre, no para salvarlo, sino para destruirlo. Lo que Cernuda no acepta es el amor de dieta, de receta, de molde, de rito vacío, con frecuencia, de todo contenido; que puede garantizar la permanencia de unas estructuras o sistemas colectivos, pero; a qué precio!: a costa de la libertad individual, cuya consecuencia es la frustración personal. Su sentimiento trágico del amor no nace, como dice Newman, de su "incapacidad de reconocer otra clase de amor que el amor romántico. Por lo visto el amor conyugal, el fraternal, el filial, todos eran para Cernuda puertas cerradas."[19] Cernuda en el poema "Dans ma péniche" ridiculiza ese tipo de amor con los siguientes versos:

Pobres amantes,
¿De qué os sirvieron las infantiles arras que cruzasteis,
Cartas, rizos de luz recién cortada, seda cobriza o negra ala?
Los atardeceres de manos furtivas,
El trémulo palpitar, los labios que suspiran,
La adoración rendida a un leve sexo vanidoso,
Los ay mi vida y los ay muerte mía,
Todo, todo
Amarillea y cae y huye con el aire que no vuelve (RD, 116)

Su actitud ante el matrimonio se debe, en primer lugar, a que hacia él y "hacia lo que representa, siempre he experimentado menos atracción que repulsión."[20] Y para Cernuda, el matrimonio representa el amor institucionalizado. Su rechazo implica, por lo tanto, el rechazo de la sociedad o religión que lo ha establecido. En segundo lugar, porque siendo la persona amada el medio para que el amor se realice, y el instrumento, a su vez, para que el amante alcance la fusión con la vida, puede ocurrir que aquélla se convierta para éste en un obstáculo que le condene, de por vida, a la frustración o al cansancio irremediables, en virtud del concepto que el propio poeta expresa en las siguientes palabras: "Las ciudades, como los países y las personas, si tienen algo que decirnos requieren un espacio de tiempo nada más: pasado éste, nos cansan . . . ¿Qué será ver siempre la misma faz junto a nosotros al despertar?"[21]

Lo trágico del amor, su fatalismo, en Cernuda al igual que en Lorca y

Aleixandre, está, según Cano, en que es, al mismo tiempo, "gloria y éxtasis," "muerte y destrucción".[22] La gloria y éxtasis, para Cernuda, porque es "la vida lo que el amante busca" (RD, 230). Lo que quiere estrechar "entre sus brazos, más que un cuerpo deseado, es la vida misma."[23] Idéntica expresión encontramos en el poema en prosa "La música y la noche" de *Ocnos:* "Era la vida misma lo que yo quería apresar contra mi pecho: la ambición, los sueños, el amor de mi juventud." (pág. 89).

La constante repetición de la idea, a través de toda su obra, indica que era algo más que una obsesión: era la razón misma de su existencia. Pero está siempre amenazada por dos enemigos: el tiempo, y la certeza de su imposibilidad en este mundo. Cada vez que expresa, poéticamente, su ansia de vida, aparece, inmediatamente, la sombra de la fugacidad de la dicha y el placer:

> No es el amor quien muere
> Somos nosotros mismos
>
> (RD, 95)

Y no es sólo la brevedad de la acción amorosa; es su imperfección la causa de su dolor: imperfección que se debe a la limitación humana. La posesión amorosa, no es una entrega por parte del amante, sino un deseo de absorber, de poseer al amado, lo cual supone una destrucción: la aniquilación que encierra la frase de los místicos "la amada en el amado transformada"; eso no es factible en las relaciones humanas, porque es imposible que el hombre renuncie totalmente a su libertad y quiera dejar de pertenecerse a sí mismo. En el acto sexual, por lo tanto, lo que se da no es una fusión, sino una reacción; no dos fuerzas que convergen en un punto, sino dos fuerzas de la misma intensidad en direcciones opuestas, porque amante y amado están deseando y queriendo lo mismo: la posesión total del otro. Cada uno quiere completarse y realizarse por su lado. Y lo que iba a ser plenitud de vida y medio de alcanzar lo absoluto se convierte, simplemente, en una "amorosa empresa ingrata" (RD, 35) y en el doloroso convencimiento de que el hombre ama "con capricho egoísta" en "un mundo incompleto." Lo único que hay en el fondo de la copa del placer es "amargo zumo" y lo único que queda "de las terribles y fugaces glorias" (RD, 36) son pálidos recuerdos, sentimientos y sensación de ira, frustración, odio y hastío

> A odiar entonces aprendiste el amor que no sabe
> Arder anónimo sin recompensa alguna
>
> (RD, 197)

El amor se convierte, entonces, en la forma de soledad más dolorosa. El poeta con el deseo en carne viva y con su frustración a cuestas parte en busca de su mundo presentido. El amor físico, humano, se convierte en punto de partida del amor divino y eterno

Sintiendo todavía los pulsos de ese afán,
Yo, el más enamorado
En las orillas del amor,
Sin que una luz me vea
Definitivamente muerto o vivo,
Contemplo sus olas y quisiera anegarme,
Deseando perdidamente
Descender, como los ángeles por la escala de espuma
Hasta el fondo del mismo amor que ningún hombre ha visto

(RD, 88)

Si desea bajar a la entraña del amor es para ver y abrazar su verdad y con su posesión lograr definitivamente el sosiego del deseo y "Adonde brilla desnuda la verdad nada más se necesita" (RD, 170), porque en ella se reconcilian la realidad y el deseo. La oposición entre ambos, manantial de tanta angustia creadora, es sólo aparente y únicamente se da en esta orilla de la muerte. Su símbolo es Don Quijote: el ser que vive "completa y hondamente la vida humana, con su doble faz de deseo y realidad, de éxtasis y de acción, combinando dos estados espirituales aparentemente contradictorios."[24]

La escala por la que el poeta baja o sube a ese mundo de reconciliación de la realidad y el deseo es la muerte. Ahora dejará de ser una sombra para convertirse en

"bien tangible" (RD, 98)
"la patria más profunda" (RD, 135)
"única realidad clara del mundo" (RD, 140)
"única gloria cierta que aún deseo" (RD, 145)

El símbolo de la muerte es el mar y

El mar es un olvido,
Una canción, un labio;
El mar es un amante
Fiel respuesta al deseo

(RD, 90)

La muerte como plenitud absoluta y eterna del deseo—en cuanto significa la destrucción de los muros que separan al hombre de Dios—aparece en poema "El joven marino," el cual, además de ser la más lograda expresión de la naturaleza metafísica del amor, es la dramatización poética de "la consumación perfecta del amor que el poeta ha estado buscando en sus amores pasajeros. El mar es un dios, y la muerte del marino ahogado es un acto ritual de amor físico en el que el hombre y dios se funden formando un solo cuerpo y un solo espíritu."[25]

Y ese "inmenso afán oculto," y ese "ignoto aguijón" que es el deseo

. . . tan sólo puede
Aplacarse en nosotros con la muerte (RD, 135)

porque

La muerte únicamente/
Puede hacer resonar la melodía prometida (RD, 115)

mientras .. .

acuna sus deseos/
saciándolos al fin. (RD, 175)

Su querencia de muerte emana del horizonte de su esperanza. Cernuda nunca perdió su "ciega fe religiosa"[26] de niño. Con frecuencia sufrió eclipses en su amarga existencia, pero jamás llegó a extinguirse. Al contrario fue "mi diamante de un más claro día" (RD, 264) que convirtió su vivir en una decisión frente a la vida. Llegó como un luchador al umbral de la Vida con la serenidad y confianza del que viviendo al gusto de Dios ha cumplido con su destino y espera ser ungido "con el óleo más puro" (RD, 207) que caerá

. . . sobre los ojos, que miraron La luz y la hermosura, codiciándola; Sobre el oído, concha de la voz y la música; Sobre el repliegue de la nariz, abierto Al aroma del nardo, del cuerpo y de la lluvia; Sobre la boca, que cantó, que besara y que mintiera; Sobre la mano, de seda y de metales ambiciosa; Sobre la espalda, árbol trémulo del espasmo.

(RD, 107)

Se adentrará por la muerte para, al fin, hablar con Dios, después de haber hablado tantas veces a solas sin que nadie escuchara ni respondiera a la voz de su llanto. Y Dios que fue para él "el amor no conseguido en este mundo, el amor nunca roto, triunfante sobre la astucia bicorne del tiempo y de la muerte"[27] será, ahora, amor de eternidad, logrando ver realizado lo que antes era un "imposible sueño." Quien caminó entre sombras y tinieblas va a encontrar la luz; quien vivió en lucha constante entre realidad y deseo encontrará a partir del 5 de noviembre de 1963 la realidad "donde sueño y deseo/juntan sus luces puras" (RD, 170) cumpliéndose la súplica que brotó desde las simas del alma:

Señor, danos la paz de los deseos
Satisfechos, de las vidas cumplidas.

y que la muerte
No me ciegue, mi Dios, sin contemplarte. (RD, 168-169)

No destruyas mi alma, oh Dios,
si es obra de tus manos;
Sálvala con tu amor, donde no prevalezcan
En ella las tinieblas con su astucia profunda,
Y témplala con tu fuego hasta que pueda un día
Embeberse en la luz por ti creada.

(RD, 207)

En todos estos versos se trasluce la honda vena religiosa de Cernuda y su sentimiento de Dios. Junto a estas sinceras y desgarradoras manifestaciones de su fe, aparecen también diseminadas por su obra la negación y la blasfemia. En él son, unas veces, la voz de la rebelión y la protesta por una condición que lo diferenciaba y separaba del resto de los hombres hasta que logró aceptarla o, resignarse a ella; otras veces, son como una especie de sacudida para despertar a Dios de su aparente letargo y obligarle a que respondiese a la agonía o iluminase las tinieblas de su soledad. Con idéntica sinceridad y pasión se entregó a lo divino y a lo carnal, al arte y al improperio, a la poesía y al ataque de la ambición y la injusticia, al amor y a la hermosura. Con igual fruición libó en las flores del bien y del mal: de unas extrajo momentos de tan lograda plenitud, que el deseo hubiera querido eternizarlos; no lo logró en el tiempo, pero lo consiguió con su arte; de otras, absorbió aquellos sórdidos y lamentables amores, aquellos gozos degradantes cuyo recuerdo le produce rubor y vergüenza. Pero todos fueron caminos y senderos en su búsqueda incansable del amor eterno y la belleza absoluta y a través de ellos de la verdad. Y su verdad estaba en Dios. Por eso su vida y su obra son, en esencia, una búsqueda consciente o inconsciente de Dios. Comentando la vida y las obras de André Gide dice estas palabras en las que se refleja a sí mismo: "lo divino se halla tras la plena y gozosa posesión sensual, y al dar un paso hacia ella al mismo tiempo se encamina hacia Dios";[28] hacia el Dios que hizo retoñar el sueño de su juventud sin tiempo después que la muerte puso fin al "ultraje que es la vejez."[29]

La hermosura.

La poesía fue para Cernuda el único y verdadero amor: el más sublime y absorbente. A ella dedicó lo mejor de su existencia. En ella encontró redención y compensación a sus angustias y frustraciones humanas. Por ella vivió en soledad y austero ascetismo, sin buscar otra gloria o fortuna que la de ser absolutamente fiel al don que había recibido del destino. Presiente que llegó al mundo con ese divino carisma desde una región "vaga y sin memoria, de donde ... le había tomado la mano de Dios, arrojándole al tiempo y a la vida."[30]

Durante los años de la infancia, la poesía permaneció en su alma como una fuerza aletargada. El primer contacto que tuvo con la mitología griega la provocó y orientó hacia la búsqueda de la hermosura del mundo y de esa

alegría cósmica que brota de la armonía de todo lo creado. Los mitos paganos le revelaron

> ... un mundo donde la poesía, vivificándolo como la llama al leño, trasmutaba lo real. Qué triste te apareció entonces tu propia religión . . . ¿Por qué se te enseñaba a doblegar la cabeza ante el sufrimiento divinizado, cuando en otro tiempo los hombres fueron tan felices como para adorar, en su plenitud trágica, la hermosura?[31]

El poder subyugante y fascinador que la poesía ejerció sobre él desde entonces, lo compara el hechizo que las sirenas legendarias ejercieron sobre Ulises: El que una vez las oye, viudo y desolado queda para siempre" (RD, 323); expresión que parece un eco de las palabras de Eliot: "aquel a quien la musa visitó alguna vez es un hombre atormentado desde ese punto y hora."[32]

Cernuda deja en el lector la impresión de "poeta maldito"; no porque voluntariamente lo buscase, como una forma romántica de vida, sino por el fatalismo que pesa sobre él. Agobiado y torturado por una fuerza misteriosa que aniquila su albedrío y traza la senda de su destino, añora la tranquila inconsciencia del hombre corriente y vulgar:

> Siento esta noche la nostalgia de otras vidas.
> Quisiera ser el hombre común de alma letárgica.
>
> (RD, 223)

Todas las circunstancias, personales y exteriores, confluyeron a convertirlo en un ser "raro" y "extraño", en un eterno fugitivo tratando de huir siempre de las "gentes extrañas que me rodeaban, de las costumbres extrañas que me imponían, y quien sabe si hasta de mi mismo."[33] Sin patria y sin hogar, sin ambiciones terrenales y casi sin amigos, en ascética postura ante el mundo, vivió solamente para lo que fue a la vez su sueño y su locura.

> Un sueño, que conmigo
> El puso, para siempre
> Me aisla. Así está el chopo
> Entre encinas robustas
>
> (RD, 157)

Fue poeta porque "una razón fatal, anterior a su propia existencia y superior a su propia voluntad . . ., le lleva a escribir versos."[34] Este fatalismo lo recalca Octavio Paz con las siguientes palabras: "Cernuda es uno de los raros poetas fatales. Escribe porque no tiene más remedio que hacerlo ... un demonio, su implacable consciencia poética, no le suelta nunca y le exige, ocurra lo que ocurra, que diga lo que tiene que decir."[35] Frente a esta fatalidad, al hombre, como tal, no le queda otra alternativa que rendir su voluntad y aceptar las renuncias y sacrificios que supone el tener que llevar

"su destino a solas" y aunque le pese "la vida como un remordimiento." Buscando la raíz de su "razón fatal," unas veces, atribuye a Dios, claramente, la sed de eternidad que le devora las entrañas. Eternidad, concebida y anhelada no como tiempo ilimitado, sino como presente inmóvil, como eternidad en el tiempo; es decir, deseo de infundir permanencia a lo efímero:

> Oh Dios. Tú que nos has hecho
> Para morir, ¿por qué nos infundiste
> La sed de eternidad que hace al poeta?
>
> (RD, 188)

Otras veces, atribuye su "eterna locura" (RD, 325) a influencia satánica ya que "un viento demoníaco lo impulsa por la vida," (RD, 133). Y habla también de la "llamada del destino frente al cual no hay vuelta" (RD, 281). Así, pues, fue poeta no por vocación o profesión libremente elegida o por voluntaria dedicación al arte; lo fue sin remedio y por lo tanto constituyó para él un auténtico sistema de vida. El hombre, a fin de no obstaculizar al poeta que había en él, ya no podrá vivir según sus propias querencias sino

> ... al gusto
> De Dios. ¿Quién evadió jamás su destino?
> El mío fue explorar esta extraña comarca.
>
> (RD, 224)

Se refiere aquí, el poeta, al mundo invisible por él presentido en donde se encuentra "la imagen misteriosa y divina de las cosas" (RD, 252) reflejada en el espejo de la hermosura absoluta e inmutable de cuya existencia son testimonio la sed infinita que tiene el poeta de una belleza que trascienda la belleza efímera del mundo visible. "Esta conciencia de que existe una belleza anterior y perfecta"[36] queda manifiesta en estas dos preguntas que se hace en el poema "Las ruinas":

> ¿Es la hermosura
> Forma carnal de una celeste idea
> Hecha para morir? (RD, 186)
>
> Tú que nos has hecho
> Para morir, ¿por qué nos infundiste
> La sed de eternidad, que hace al poeta? (RD, 188)

Estas preguntas llevan además, implícitas, la inadmisión e imposibilidad de que sea la muerte el punto de convergencia de la vivencia más honda del poeta con la realidad más sublime de las cosas. Esas encarnaciones o emanciones de la hermosura oculta, y, especialmente, "La hermosura juvenil ha sido siempre para mi cualidad decisiva, capital en mi estimación como resorte primero del mundo, cuyo poder y encanto a todo lo antepongo."[37] La belleza física fue su realidad más deseada: la que despertó en él el

instinto poético y a la que quiso inmortalizar en sus poemas por ser ella un trasunto de la eternidad:

> En la hermosura
> La eternidad trasluce sobre el mundo
> Tal rescate imposible de la muerte
>
> (RD, 186)

El efecto que la hermosura y atracción del mundo circundante ejercen sobre él, es semejante y de la misma naturaleza que la del amor: un ansia de posesión, una "exigencia, dolorosa a fuerza de intensidad, de salir de mi mismo, anegándome en aquel vasto cuerpo de la creación. Y lo que hacía más agónico aquel deseo era el reconocimiento táctico de su imposible satisfacción."[38] Pero si bien es verdad que el anhelo de evasión nace de la urgencia telúrica de destruir la "otredad" para ser uno con el mundo y "recobrar al fin, en lo presente, la infancia perdida"[39] también lo es el que esa exigencia se despierta y recibe su impulso inicial de la insatisfacción que siente de sí mismo y de la realidad que le rodea y acosa: realidad absurda e insoportable creada artificialmente tanto por la ambición y falsedad humanas, como por la sociedad y el cristianismo. Dentro de su estructura se siente aniquilado, sin libertad, sin esperanza. Esta es la realidad que, Cernuda, quiere olvidar, porque la detesta con todo lo que a ella pertenece. La imagen que emplea para plasmar su angustia es la de una pantera enjaulada cuyo "afán de rasgar y triturar" es semejante a la del poeta: "¿Qué poeta o que demonio odió tanto y tan bien la vulgaridad humana circundante:"[40]

Aherrojado, el poeta, por leyes injustas, costumbres impuestas y prejuicios absurdos, en un mundo convertido en "una feria demente," en "un carnaval estúpido,"[41] siente, en toda su frustración y amargura, la melancolía *(\e* su destino y la desesperación de su impotencia, porque "Qué puede el hombre contra la locura de todos."[42] El que siempre.deseó "vivir sin ataduras, sin limitaciones"[43] ve maniatado y coartado su libre albedrío, por la injusticia, la codicia y la ambición. Lo cual le da la impresión de que un azar ciego va trazando el camino de su existencia y que vive "como en una vida provisional."[44]

Buscando la enajenación de ese ambiente letal, Cernuda, interpone la soledad entre la realidad y el deseo, para luego poblar su soledad con un mundo poético y unos seres imaginados a medida del deseo.

> Fidelísima su poesía a esa concepción . . . nos encontramos que en ella pululan las sombras, los fantasmas, las pre-realidades. De ahí le viene ese carácter inmaterial, aéreo, de ligereza y gracia incomparables, de una delicadísima espiritualidad, que califica a Cernuda con inconfundible trazo entre todos los demás poetas españoles de hoy. De ahí

deriva esa especie de extraterrenalidad, de aspiración celeste.[45]

Dentro de este mundo poético queda resuelto el conflicto entre realidad y deseo, entre apariencia y verdad, porque

> La poesía fija la belleza efímera. Gracias a ella lo sobrenatural y lo humano se unen en bodas espirituales, engendrando celestes criaturas, como en los mitos griegos del amor de un dios hacia un mortal nacieron seres semidivinos. El poeta, pues, intenta fijar la belleza transitoria del mundo que percibe, refiriéndola al mundo invisible que presiente, y al desfallecer en esa lucha desigual, su voz . . . llora enamorada la pérdida de lo que ama.[46]

No importa que su tarea sea un sueño más alto que la vida o sea una locura "que el mundo escarnece" (RD, 302); a él le basta esa tensión espiritual que le produce esta lucha sobrehumana, e incluso se conforma con la alegría trágica de la derrota. Su vida y su obra son una búsqueda: búsqueda de la hermosura, porque "la hermosura alimenta y sin ella, como sin pan, también puede acabarse el hombre."[47] La buscará en el mundo visible e invisible. Su poesía se nutre igualmente de los sueños y recuerdos, de realidades y experiencias. Por eso es, al mismo tiempo, expresión de la oscura fuerza daimónica que rige el mundo, diálogo del poeta con su tiempo, y testimonio de la angustia y problemas del hombre de su época. No obstante, el poeta no puede comprometerse con nada, ni con nadie. Su único compromiso es con la belleza a quien sirve y ésta, es fuente, ley y fin de su poesía: cualquier otra intención religiosa, política o social, por noble que sea, adultera su obra y despolariza su misión. El poeta vive solamente para "adorar, en su plenitud trágica, la hermosura"[48] y "no sirve para otra cosa sino para escribir versos, y en esta limitación radica su propia grandeza":[49] versos en donde se encuentran la hermosura y el amor, el tiempo y la eternidad, la angustia y el placer, el ansia de libertad y la opresión de la justicia, el hombre y Dios. Precisamente, la admiración que Cernuda sintió por Garcilaso se apoya en que vio en él un modelo de poeta que "libre de compromisos mundanos y sobre humanos (nunca habló del Imperio, ni de Dios) busca la hermosura con todo lo que esa búsqueda implica."[50]

Con la percepción más clara de la realidad temporal; con el presentimiento de un mundo escondido que guarda "la imagen misteriosa y divina de las cosas" (RD, 252), y con la intuición de una hermosura oculta, eterna y absoluta, se despertó en su espíritu el sentimiento de soledad. Es una soledad humana llena de silencio y olvido, en donde se refugia, huyendo de los seres "viles y soñadores" entre los cuales se siente morir a solas: "Entre los otros y tú, entre el amor y tú, entre la vida y tú está la soledad."[51] En esa "isla feliz" o alejado vivir, puede ver, con más claridad, la "incongruencia

irónica" de la vida, y los designios del destino. Pero, por otra parte, es una soledad compartida o solidaridad: en ella puede oir la voz y escuchar las angustias de todos los hombres para darles expresión en sus poemas. Es, también, la soledad metafísica, que emana de la frustración e impotencia de los sueños y del deseo; y que le obliga a volver su mirada al cielo en espera de la respuesta a sus preguntas y en espera de plenitud para su vacío humano. Y es finalmente la "soledad sonora" y fecunda de los místicos, de cuyo seno brotará su poesía:

Tu conoces las horas
Largas del ocio dulce
Pasadas en vivir de cara al cielo
Cantando el mundo bello, obra divina,
Con voz que nadie oye
Ni busca aplauso humano,
Como el ruiseñor canta
En la noche del estío
Porque su sino quiere
Que cante, porque su amor le impulsa.
Y en la gloria nocturna
Divinamente solo
Sube su canto a las estrellas

(RD, 182)

El símbolo de la soledad es el magnolio, cuyas flores son como la forma del deseo y la imagen del poema. Flor y poema se convierten en manifestación de una fuerza elemental en la naturaleza y en el poeta, que estaba aguardando el gesto divino, que la hiciese germinar bajo la luz, dando razón de ser y existir a "la fantasmagoría que nos cierne conforme al testimonio de los sentidos."[52] Verdad y apariencia quedan resueltas en unidad y armonía, porque "Donde los demás hombres sólo hallan diferenciaciones, los poetas descubren enlaces luminosos de una armonía oculta."[53]

En su afán de unir los extremos—realidad y deseo—hay un íntimo anhelo de armonía y en el fondo de éste un ansia de retorno y posesión de la infancia, paraíso perdido, presentido en el tiempo, y poseído en una pre-existencia intemporal en la cual vivía en comunión íntima con Dios y con el cosmos.

Viendo este rincón, respirando este aire,
hallas que lo que afuera ves y respiras
también está dentro de ti; que allá en el
fondo de tu alma, en su círculo oscuro,
como luna reflejada en agua profunda,
está la imagen misma de lo que en
torno tienes; y que desde tu infancia

se alza, intacta y límpida, esa imagen
fundamental, sosteniendo, ella tan leve,
el peso de tu vida y de su afán secreto.
El hombre que tú eres se conoce así
al abrazar ahora al niño que fue, y
al existir único de los dos halla su
raíz en un rinconcillo secreto y callado
del mundo. Comprendes entonces que
al vivir esta otra mitad de la vida
acaso no haces otra cosa que recobrar
al fin, en lo presente, la infancia
perdida, cuando el niño, por
gracia, era ya dueño de lo que el
hombre, luego, tras no pocas vacila-
ciones, errores y extravíos, tiene que
recobrar con esfuerzo.[54]

Este retorno a la infancia o posesión del ser y existir "puramente y sin confusión"[55] la logra, el poeta, a través del éxtasis amoroso, y del éxtasis contemplativo de la hermosura del mundo, cuando se rompen los límites que ordinariamente lo separan del cosmos. Pero aún en el éxtasis se confunden plenitud y fugacidad, saciedad e insatisfacción. El poeta expresa esta dualidad en unos versos que, por su yuxtaposición exclamativa, su nítida emoción, su intensidad y densidad líricas, su ansiedad vital y sus resonancias místicas, recuerdan los versos de San Juan de la Cruz,; con sus inefables retruécanos:

Extático en su orilla,
Oh tormento divino,
Oh divino deleite,
Bebías de tu sed y de la fuente a un tiempo,
Sabiendo a eternidad tu sed y el agua

(RD, 231)

Si es a Dios a quien Cernuda, en otra ocasión, pregunta por la razón de su sed de eternidad, es porque sabe que sólo en El puede hallar respuesta. Su búsqueda de la belleza y del amor humanos lo llevó hacia la belleza y el amor absolutos; y a través de ellos hacia el Amor y la Hermosura increados: Dios. Su poesía es la trayectoria de este destino; pero es, al mismo tiempo, proyección del poder divino que tiene el poeta y que lo consume "tal el fuego en la zarza ardiente que vio Moisés."[56] Si el Creador saca la creación de la nada para lanzarla al tiempo, el poeta puede rescatarla, en parte, del tiempo y evitar que regrese al olvido; que es como la otra orilla de la nada.

El afán de llenar lo que es efímero
De eternidad vale tu onmipotencia (RD, 188)

Leve es la parte de la vida
Que como dioses rescatan los poetas (RD, 131)

Para lograrlo, el poeta tiene que luchar contra fuerzas o poderes visibles e invisibles: el tiempo, la inaprensibilidad del amor y la hermosura, el elemento misterioso que rodea la vida y "que maneja nuestros destinos," ^ las limitaciones humanas, la incapacidad de la palabra para expresar lo inexpresable, la incomprensión social. A ellos se debe el que el poeta solamente pueda insinuar el misterio de la creación, la hermosura oculta del mundo, y al mismo tiempo dejar plasmado, como un grito de impotencia, el dolor de ver cómo el tiempo va ejerciendo su obra sobre él; cómo la hermosura, a pesar de que lo arranca del tiempo por un instante, termina por hundirse en la muerte; cómo siempre el gozo exterior va acompañado del sufrimiento interior; cómo la vida no ofrece, al fin, más que "la fuga tentadora del placer y de la dicha."[58] En unos versos impregnados del pesimismo de Quevedo sintetiza su visión y sentimientos, contrastando la primavera y la muerte, sinónimos, en esta ocasión, del deseo y la realidad respectivamente:

Con táctica premura en cada ciclo
La primera acerca más la muerte
Y adonde quiera que los ojos miren
Memoria de la muerte sólo encuentran.
(RD, 227)

Pero de muerte se nutre su palabra para florecer en su poesía, en la que

. . . se unifican
Tal uno son amante, amor y amado,
Los tres complementarios luego y antes dispersos:
El deseo, la rosa y la mirada
(RD, 253)

En Cernuda, el poeta redimió y salvó al hombre, haciendo que se olvidase de las sombras y tinieblas que envolvían su vida, y sobre ellas brillase un horizonte de promesas y esperanzas. En el poema "Noche del hombre y su demonio" se establece entre ambos este diálogo:

D: Ha sido la palabra tu enemigo:
Por ella de estar vivo te olvidaste.

H: Hoy me reprochas el culto a la palabra.
¿Quién si no tú puso en mi esta locura?
El amargo placer de trasformar el gesto
En son, sustituyendo el verbo al acto,
Ha sido afán constante de mi vida.
Y mi voz no escuchada, o apenas escuchada,
Ha de sonar aún cuando yo muera,

Sola, como el viento en los juncos sobre el agua
(RD, 223)

Palabra y mirada son las dos fuerzas con las cuales el poeta logra rescatar del tiempo esa leve parte de la vida para eternizarla en el poema. Su quehacer, como el de Dios en el Génesis, es un "Quehacer de mirar y luego quehacer de esperar el advenimiento de la palabra,"[59] la cual, dentro de sus limitaciones, puede encerrar esencias de sueño y de hermosura, de vida y de misterio, de pasión y de muerte. Y mientras ella perdure en el espacio y el tiempo vivirá el poeta que le dio el ser:

Yo no podré decirte cuánto llevo luchando
Para que mi palabra no se muera
Silenciosa conmigo. (RD, 201)

Es breve la palabra como el canto de un pájaro,
Mas un claro jirón puede prenderse en ella De
embriaguez, pasión, belleza fugitivas,
Y subir, ángel vigía que atestigua del hombre,
Allá hasta la región celeste e imposible. (RD, 142)

El otro poder creador del poeta es la mirada; entendiendo por tal no sólo el simple mirar contemplativo, sino la "mirada interior" o imaginación "que puebla la soledad."[60] Con la primera se acerca a la creación posesionándose, someramente, de ella. Con la segunda, penetra en su intimidad captando su esencia. Fue de Bécquer de quien Cernuda aprende este "mirar quieto" y penetrante. Aprehender y comprender las cosas es descubrirlas en su total significación; es crearlas de nuevo dándoles una vida que no tienen para el simple contemplador que se queda en el perfil de su apariencia. Pero, además, con la visión interior, el poeta, las arranca del fluir del ser para infundirles una nueva forma de existir dentro de una realidad superior creada por él, que vence a la real, ya que "cuando la realidad visible parece más bella que la imaginada es porque la miran ojos enamorados."[61] La mirada no sólo es origen de vida para la creación, sino para el mismo poeta: "Sólo vive quien mira" y los poetas como él

Vivieron por la palabra y murieron por ella (RD, 326)

La mirada es quien crea
Por el amor, el mundo,
Y el amor quien percibe,
Dentro del hombre oscuro, el ser divino,
Criatura de luz entonces viva
En los ojos que ven y que comprenden (RD, 236)

Ese "ser divino, criatura de luz" fue el poeta que hubo en Luis Cernuda. Si el amor fue, en su vida, una búsqueda de la luz

Porque siempre la noche
Con tu amor se ilumine (RD, 237)

Su obra fue a la vez . . . "lucha con la sombra profunda de la tierra/Para alcanzar la luz" (RD, 230) y una ininterrumpida e inmensa elegía, nacida del convencimiento profundo de que era imposible el que la poesía pudiese saciar lo insaciable y de que era, simplemente, un "autoengaño piadoso . . . pretender eterno lo temporal"[62] sabiendo como sabía, que "Es el olvido la verdad más alta" que "Ha de vencer un día tu memoria" (RD, 205). ¡Con qué trágica elocuencia habla ese poema de *La realidad y el deseo* titulado "Desolación de la Quimera" que le da título también a su último libro! En los días postreros de su vivir, escribe, con amargura, a su amigo Carlos P. Otero: "me siento tan solitario y "defated," sin apoyo en lo que siempre me apoyó: la poesía";[63] porque ya su quimera poética le confiesa:

A fuerza de haber sido,
Promesas para el hombre ya no tengo.
(RD, 352)

No obstante, en su desolación

La Quimera sin nariz olfatea
Frescor de alba naciente, alba de otra jornada
(RD, 353)

Y en la luz de esa alborada, tras la muerte, encontró, al fin, su "deseo humano la única saciedad posible":[64] Dios. Y en Dios encontré también

La hermosura, la verdad, la justicia cuyo afán imposible
Tú sólo eras capaz de infundir en nosotros.
(RD, 149)

Si en su vida la poesía fue, simplemente, una "consolación desesperada" o una "divinidad ilusoria,"[65] en la auténtica Divinidad halló la luz verdadera que ilumina a todo hombre, porque "siendo Dios la luz, el conocimiento imperfecto de ella que a través del cuerpo obtiene el espíritu en esta vida, ¿no ha de perfeccionarse en Dios a través de la muerte? Como los objetos puestos al fuego se consumen, transformándose en llama ellos mismos, así el cuerpo en la muerte, para transformarse en luz e incorporarse a la luz que es Dios, donde no habrá ya alteración de luz y sombra, sino luz total e infalible."[66]

En los estudios que Cernuda dedica a Miguel de Unamuno y a Antonio Machado recalca la presencia y la acción de Dios en la vida y obra de estos dos grandes poetas. La poesía de Unamuno, dice, fue el resultado de "su necesidad de Dios" y su existencia fue "un episodio más en la búsqueda humana de Dios."[67] Y hablando de Machado afirma que tanto su vida como su obra, se pueden cifrar en aquel verso suyo: "siempre buscando a Dios entre la niebla."[68]

¿No es también *La realidad y el deseo* testimonio de una búsqueda angustiosa de Dios a través del amor y la hermosura de este mundo?

NOTAS

*Las siglas RD se refieren a la obra poética de Luis Cernuda, *La Realidad y el deseo,* México, Fondo de Cultura Económica, 1964, con la página correspondiente.

1. Luis Cernuda, *Ocnos,* London, The Dolphin Press, 1942, p. 42.
2. *Ibid.*
3. *Ibid.,* p. 44.
4. Luis Cernuda, *Poesía y Literatura,* Barcelona, Seix Barrai, 1964, II, pp. 199-200.
5. *Ibid.,* p. 96.
6. L. Cernuda, *Ocnos,* p. 44.
7. Luis Cernuda, *Poesía y Literatura,* Barcelona, Seix Barrai, 1965, I, p. 197.
8. John A. Coleman, *Other Voices: A Study of the Late Poetry of Luis Cernuda,* Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1969, p. 44.
9. L. Cernuda, *Poesía y Literatura,* I, p. 197.
10. T.S. Eliot, *Selected Essays,* New York, Harcourt, Brace and Co., 1950, p. 140.
11. Octavio Paz, "La palabra edificante", *PSA,* XXXVI, (1964), 65.
12. L. Cernuda, "Cervantes", *Bulletin of Spanish Studies,* Liverpool, XX, núm. 4, (1943), 183.
13. L. Cernuda, *Variaciones sobre tema mexicano,* México, Porrúa y Obregón, 1952, p. 66.
14. L. Cernuda, *Poesía y Literatura,* I, p. 144.
15. L. Cernuda, *Variaciones . . .,* p. 79.
16. *Ibid.,* p. 405.
17. L. Cernuda, *Ocnos,* p. 193.
18. Gregorio Prieto, "Recuerdos de Luis Cernuda", *ínsula,* núm. 207, (1964), 7.
19. Robert K. Newman, "Luis Cernuda. El hombre visto a través de su poesía", *ínsula,* núm. 207,(1964), 13.
20. L. Cernuda, *Poesía y Literatura,* I, p. 244.
21. *Ibid.,* p. 243.
22. José Luis Cano, "Notas sobre el tema del amor, en la poesía de Luis Cernuda", *Revista Nacional de Cultura,* XX, núm. 129, (1958), 87.
23. L. Cernuda, *Poesía y Literatura,* I, p. 128.
24. *Ibid.,* II, p. 35.
25. Silver, Philip, *"Et in Aracadia Ego": A Study of the Poetry of Luis Cernuda,* London, Tamesis Books Limited, 1965, p. 107.
26. L. Cernuda, *Ocnos,* p. 17.
27. *Ibid.,* p. 44.
28. L. Cernuda, *Poesía y Literatura,* I, p. 140.
29. *Ibid.,* p. 113.
30. L. Cernuda, *Ocnos,* p. 18.
31. *Ibid.,* p. 35.
32. T.S. Eliot, *Op. cit.,* p. 82.
33. L. Cernuda, *Ocnos,* p. 108.
34. L. Cernuda, *Poesía y Literatura,* I, p. 16.
35. "Andando el tiempo", *Op. cit.,* p. 23.
36. Emilia Zuleta, "La poética de Luis Cernuda", *RL MO,* núm. 6, (1967), 53.
37. L. Cernuda, *Poesía y Literatura,* I, p. 242.
38. *Ibidem.*

39. L. Cernuda, *Ocnos,* p. 64.
40. *Ibid.,* p. 152.
41. L. Cernuda, *Variaciones* . . ., p. 69.
42. L. Cernuda, *Ocnos,* p. 130.
43. *Ibid.,* p. 153.
44. *Ibid.,* p. 86.
45. Pedro Salinas, "La poesía de Luis Cernuda", *Indice literario,* núm. 40, (1936), 100.
46. L. Cernuda, *Poesía y Literatura,* I, pp. 199-200.
47. L. Cernuda, *Variaciones* . . ., p. 152.
48. L. Cernuda, *Ocnos,* p. 35.
49. L. Cernuda, *Poesía y Literatura,* I, p. 15.
50. L. Cernuda, *Ocnos,* p. 118.
51. *Ibid.,* p. 164.
52. L. Cernuda, *Poesía y Literatura,* I, p. 57.
53. Ramón del Valle Inclán, "La vida", *Poesías completas,* Madrid, Aguilar, p. 358.
54. L. Cernuda, *Variaciones* . . ., pp. 63-64.
55. L. Cernuda, *Ocnos,* p. 194.
56. L. Cernuda, *Poesía y Literatura,* I, p. 200.
57. *Ibid.,* p. 199.
58. L. Cernuda, *Ocnos,* p. 90.
59. L. Cernuda, *Variaciones* . . ., p. 46.
60. L. Cernuda, *Ocnos,* p. 141.
61. *Ibid.,* p. 143.
62. José Olivio Jiménez, "Emoción y trascendencia del tiempo en la poesía de Luis Cernuda", *La Caña gris,* Valencia, 1962, 73.
63. L. Cernuda, *Ocnos,* p. 90.
64. *Ibid.,* p. 162.
65. *Ibidem.*
66. *Ibidem.*
67. L. Cernuda, *Estudios sobre poesía española contemporánea,* segunda edición, Madrid, Guadarrama, 1970, p. 81.
68. *Ibid.,* p. 94.